

Más acerca de novias y fútbol

Federico Ivanier

loqueleg

De menos

A ver, ¿para qué, eh? Que alguien me lo explique, a ver si sabe. ¿Para qué uno va y se enamora y, como dice mi madre, entrega su corazón y todo eso, si después, de un plumazo, te van a separar 4.807 kilómetros de distancia y adiós? ¿Dónde está la justicia de todo eso, eh? A ver quién me lo explica.

Sí: 4.807 kilómetros. Esa es la distancia entre Ibagué, Colombia, y Montevideo, Uruguay. Esa es la distancia, geográfica, que va a haber entre Paula y yo. ¿Quién es Paula? Bueno, obviamente no es mi hermana, porque si mi hermana se fuera, efectivamente, a 4.807 kilómetros de distancia, la situación estaría lejos de ser un problema, más bien estaría siendo una ventaja, porque podría mudarme al dormitorio de ella, que es más cómodo, luminoso y lujoso que el mío.

No solo podría mudarme, sino que, además, seguro podría conservar, en teoría, mi *actual* dormitorio. Podría servirme como... bueno, no sé, lugar extra.

Pero no, no es mi hermana la que se va, por supuesto, la que se va es Paula, mi Paula, la chica más bonita

de todo Montevideo, Uruguay, Ibagué, Colombia y, sin duda, del liceo n.º 16, Desembarco de la Agraciada.

Eso ya de por sí es dramático, porque la voy a dejar de ver, pero es todavía más dramático si uno tiene en cuenta todo el trabajo que me llevó pasar de ser nadie en su vida a ser, bueno, el que la pasa a buscar todos los días para ir al liceo, luego la acompaña hasta la casa y luego, más tarde, la va a ver de nuevo y la agarra de la mano y puede saludarla con un beso en la boca, etcétera, etcétera.

8

Así que la situación es *trágica*. Absolutamente trágica. Porque, ¿qué es lo que debo hacer? ¿Cómo se supone que continúo mi vida ahora que Paula se va? ¿Agarro y me desenamoro y chau? ¿Me olvido de ella, de su pelito color trigo, de sus ojos azules, de su sonrisa, de la voccecita rara que pone cuando me habla, como si yo tuviera cinco años (no porque sea un retrasado mental, sino porque preciso muchos mimos, cosa con la que estoy plenamente de acuerdo)?

Me olvido y chau, ¿es eso? Claro. Como si fuera fácil. Chau enamoramiento. Dejo de pensar en ella. Hago, a ver, como si mi vida fuera solo el fútbol.

Ya está.

¿Están todos de la capocha? ¿Está el mundo entero *demente*? ¿Cómo hago para hacer eso? ¿Me hago un trasplante de cerebro? ¿Me cambio el corazón por... qué? ¿Un celular? Sinceramente, estará de más eso de tener novia, pero hay otros momentos, como este, en que está de menos.

De repente fui consciente de que estaba frente al arco, aunque no recordaba exactamente cómo había llegado hasta ahí. Lo que hice fue pegarle a la pelota con toda la rabia que pude, sencillamente porque no se me ocurrió otra cosa mejor.

Hace un tiempo —también gracias a Paula (uf, *toda mi vida* parece que tiene que ver con ella)— descubrí que cuando estás mal o sufriendo por la adolescencia y todo eso, está buenísimo agarrar una pelota y reventarla a patadas (también suele estar bueno reventar a patadas a los habilidosos del otro cuadro, pero no conviene exagerar, porque te echan y no jugás).

La pelota salió como uno de esos bombazos de película de extraterrestres y, lamentablemente (digo, porque no fue mi intención) derecho a la cara del Guti, el golero (era nuevo y se llamaba Raimundo Gutiérrez: Raimu no pegó mucho, así que le quedó *el Guti*, con cariño, porque era buenísimo). Una pelota de fútbol de salón, lo sabrán aquellos que hayan jugado alguna vez, es un poquitito más pesada y dura que una de fútbol cancha, así que cuando te da directamente en la nariz no es lo que se dice una experiencia maravillosa o algo así.

—¡Buena, Guti! —le gritó alguien, luego de que la pelota se desvió hacia un costado y el Guti terminó desviado hacia el suelo, nocaout-nocaout.

Siempre que te comés un pelotazo, lo peor es que te digan «buena, Fulano», porque vos estás ahí, retorciéndote de dolor y tenés que poner cara de *tengo unos*

huevos bárbaros y me la banco y soy remacho, cuando, en realidad, si te apuran, te ponés a llorar.

10 Por eso, enseguida me identifiqué con el Guti. Porque esta noticia de que Paula se iba a vivir para Ibagué, Colombia, a 4.807 kilómetros de Montevideo, Uruguay, me vino como uno de esos pelotazos que te dejan sin aire. Pero tenía que poner buena cara. Eso fue algo que todavía no les comenté. Sí, tenía que poner buena cara, porque supuestamente eso, que Paula se fuera para Colombia, era una buena noticia.

Significaba que su padre acababa de conseguir trabajo. Y yo no me iba a poner a pinchar el globo quejándome porque me quedaba sin novia. Indudablemente era mucho más importante que este buen hombre pudiera alimentar a su familia (incluida, justamente, Paula) que una cuestión sentimental mía.

—Guti, ¿estás bien? —le pregunté.

—Hmpf —me respondió el Guti, desde el suelo.

Alguien le trajo agua. Pasara lo que te pasara, siempre te echaban agua y se esperaba que eso alcanzara para curarte.

—Seba —me llamó el Chapa.

Miré al técnico del equipo con un suspiro. Él había tenido la cuestionable idea, luego de líos con un par de novias, de raparse el cráneo. Y era insoportable la tentación de reírse de él. Pero no podías reírte de tu entrenador.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando llegué hasta él.

—Seba, querido, ¿estás bien?

—Sí, ¿por?

—¿Sos consciente de que acabás de ganar tres tranques, uno frente a dos rivales a la vez?

—Eeehhh... no.

—Seba, querido, ¿sos consciente de que la gente choca contra vos y se cae desplomada?

—No.

—¿Querés decirme, Seba querido, que no sos consciente de que estás jugando como un tanque de guerra hecho humano?

11

No hay que alarmarse cuando el Chapa habla así. Es su manera de comunicarse.

Pero era verdad: mucho no me había dado cuenta.

—No. Qué sé yo.

—Seba, ¿vos sabés que sos hermoso, Seba?

Lo miré con impaciencia. Como si ya no me alcanzaran los problemas para que ahora, además de cargarse a todas las minas de club, el Chapa también me cargara a mí.

—Bueno, Chapa, voy a seguir jugando.

—Sí, sí, andá. Seguí así.

—Bueno.

Ya me iba a ir, pero el Chapa volvió a llamarme.

—Seba.

—¿Sí?

—Vos sabés que te miro jugar y... a ver, ¿cómo te lo digo? Tengo la sensación de que mucha gente puede

salir lesionada.

—Bueno, está bien, voy a jugar más suave, perdóname.

—¿Eh? No, no, no. Por favor, no. Seguí como estás —el Chapa se llevó una mano al pecho, donde supuestamente tenía el corazón—. Me emocionás. Te juro. Me emocionás.

—Okey.

12 Me iba a ir a jugar de nuevo, pero el Chapa volvió a llamarme.

—Seba.

—¿Sí, Chapa?

—¿Estás bien, Sebita?

Me sorbí un poco los mocos (aunque casi no tenía).

—Bueno, mi novia, Paula...

—¿La rubiecita?

—Sí. Es la única que tengo.

—Ajá. Sí.

—Bueno, se va a vivir a Colombia.

—¿A Colombia?

—Sí. El padre trabaja en el fútbol, como preparador físico. Y le salió un equipo allá. Así que sí, anímicamente, estoy un poco destruido.

El Chapa se llenó los pulmones, miró hacia arriba, como agradeciéndole a Dios o algo así.

Vino y tuvo el dudoso gesto de darme un besito en la frente.

—Sos hermoso, hermoso. Andá y seguí así, ¿eh?

Qué bien que la rubiecita esa se va. ¿Viste lo bien que te está haciendo? ¡Ya estás jugando notable de nuevo! Contigo así, ¡seguro ganamos el campeonato!
Ufa, loco.